

triste, e acerca de la cual yo mismo pongo en mi Crónica un romance o cantar:

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado,
triste estaba e muy penoso,
triste e con gran cuidado,
una mano en la mejilla
e la otra en el costado.

Recibid, señor de Magaña, las felicitaciones, a pesar de haber sido vapuleado, de vuestro humilde servidor que os espera en estas regiones umbrías para discutir la “verdadera” historia de la conquista de México.

Bernal Díaz del Castillo

4 de junio de 1967

TRIUNFAL RETORNO DEL ÚLTIMO HÉROE ROMÁNTICO

Se ha dicho que la poderosa corriente del Romanticismo en Francia, y en el mundo entero, nació con Lord Byron y murió con Edmundo Rostand. Los protagonistas del romanticismo, caballeros de capa y espada, valientes, puntillosos, galantes, calaveras, tuvieron su representante, o varios, en la literatura de cada país (en México con las obras del doctor José Peón Contreras). D'Artagnan en la novela y Don Juan Tenorio en el teatro, vienen a ser los prototipos de este género, o de esta rama del romanticismo, porque también existieron los héroes opuestos, es decir, el caballero gallardo, de gran sociedad, fino, elegante, como Armando Duval, enamorado de Margarita Gautier. Fue este tipo de héroe el que marcó la decadencia del romanticismo, porque las reglas, por así decirlo, de esa corriente literaria que se extendió

por casi un siglo, marcaban que los personajes podían enamorarse hasta la locura y dar su vida por una dama, pero siempre en medio de aventuras, de lances peligrosos, no llorando afeminadamente en un salón de juego como Armando en *La dama de las camelias*.

Rostand, que había sido hasta 1887 un mediocre autor teatral, se puso a la busca de un héroe de capa y espada, como Zorrilla lo había hecho cincuenta años antes, y lo encontró en un legendario poeta del siglo xvii que reunía las mejores características para hacer de él un poderoso personaje escénico, ya que era valiente espadachín, buscapleitos, y llevó una vida llena de acción; tenía, además, un enorme ingenio poético y, sobre todo, una nariz descomunal: Cyrano de Bergerac. Rostand puso todo su ingenio en aquel personaje y salió así una pieza teatral que juntaba la riqueza poética con los lances de espada y un amor desdichado.

Pero Cyrano hizo su aparición en las postrimerías del siglo xix, cuando ya el romanticismo se había vuelto decadentismo, y la gran corriente del modernismo se extendía pujante por la literatura mundial. Hacía veinte años ya que un escritor noruego conmovía con sus producciones dramáticas que nada tenían qué ver con el romanticismo: Ibsen. Y un ruso: Tolstoi. Y un alemán: Sudermann. Sin embargo, el público comprendió que Rostand presentaba al último héroe romántico, y lo acogió con agrado.

Dos años después de su estreno mundial en París, interpretando el Cyrano nada menos que uno de los más grandes actores franceses de todos los tiempos, Coquelin, tres autores catalanes juntaron sus esfuerzos para hacer una buena traducción al español, y una vez que lo consiguieron, porque en verdad la labor de Luis Vía, José O. Martí y Emilio Tintorer es inmejorable, tanto que en algunos pasajes los traductores superan la vena poética del autor, la entregaron a los mejores actores españoles de la época, y en 1890 el público de Madrid y de España entera aplaude a Fernando Díaz de Mendoza en el Cyrano, y a María Guerrero en la Roxana. En los primeros años del siglo xx, la compañía de este matrimonio de grandes actores visita los países latinoamericanos y da a conocer en ellos la producción de Rostand, alcanzando en todas partes un buen éxito considerable.

Pasaron los años y allá por los treintas, o quizá cuarentas,

Fernando Soler interpreta el *Cyrano* en el Palacio de las Bellas Artes, y el héroe romántico, narigón, caballeresco, valiente y desdichado en sus amores, vuelve a triunfar. Más años transcurren y en 1962 *Cyrano de Bergerac* es montado con lujo por el patronato de los teatros del IMSS, siendo interpretado el personaje también por el mejor actor de la época para teatro clásico, Ignacio López Tarso. Ciento cincuenta representaciones se alcanzan, y cinco años después, en 1967, el mismo López Tarso vuelve a colocarse la descomunal nariz y a ceñirse la espada para decir los versos de Rostand, o de Vía Marti y Tintorer. Pero en esta ocasión López Tarso se supera y crea un *Cyrano* más desenvuelto, menos engolado, menos respetuoso al autor y a la época, más gracioso, más enamorado. Una auténtica creación de este último héroe romántico. Declamatorio sí, puesto que así debe interpretarse: no hay que olvidar que *Cyrano* “representa” continuamente su propia vida para ocultar su complejo de inferioridad nacido de su fealdad nasal. Sólo un defecto encontramos en esta magnífica actuación de López Tarso: en el último acto, próximo a morir, *Cyrano* ya no “actúa”, sino que, por lo contrario, afloja sus músculos y sus nervios y deja ver el verdadero ser sentimental, tierno, atormentado, que fue durante toda su vida. Y López Tarso sigue en la línea anterior, o sea “actuando” en el *Cyrano* ficticio, no en el verdadero.

Patricia Morán da a la Roxana el temperamento requerido y dice el fácil verso octosílabo con fluidez y matices certeros. Del resto de la compañía quiero guardar un piadoso silencio: son muchachos principiantes o actores que jamás llegarán a serlo. En esta obra, que no es más que una prolongada aria por parte del *Cyrano*, un “monólogo con réplica”, si cabe tan absurda expresión, puede pasar; pero si López Tarso pretende continuar su encomiable labor de llevar el buen teatro al público del Virginia Fábregas, que es distinto al de los demás teatros, en posteriores obras no podrá rodearse de principiantes, o correrá el riesgo de fracasar, riesgo que un actor de su categoría, de sus dotes, de su talento, no puede permitirse.

La dirección de Ignacio Retes justa casi siempre, aunque no sabemos si por su propia idea o porque el empresario no tuvo para alquilar muebles de la época, sienta a la bella Roxana, a una

dama del siglo xvii, ¡en el suelo! como hizo el desaparecido Seki Sano con Carlota y Maximiliano. Quiero creer que fue debido a la pobreza escénica que se nota a cada momento en este *Cyrano*, pues a pesar de la hermosa escenografía de David Antón, el escenario permanece desierto de muebles.

Es lástima que tan brillante temporada del *Cyrano*, con teatro agotado a diario, tenga que suspenderse pronto por compromisos de López Tarso, pero es de desearse que el caballero gascón, narigudo y poeta, regrese pronto a los escenarios. Es un héroe, último de los románticos, que no pasará jamás de moda, como el Tenorio.

16 de junio de 1967

CARMEN MONTEJO, MÁXIMA ACTRIZ DE MÉXICO

Hace tres años, cuando se estrenó en el Teatro Granero la obra intitulada *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, creí que Carmen Montejo no podría estar mejor en actuación en posteriores obras. Por ello mi sorpresa no tuvo límites, y mi alegría, al ver que Carmen sí podía estar mejor, y precisamente en la misma pieza, ahora que acaba de reponerse en el Teatro de los Insurgentes. La primera actriz se supera a sí misma, vuelve a crear dándole una mayor dimensión a ese extraordinario personaje de la Marta, descubriendo en él nuevas facetas, proyectando hasta las más altas regiones todo el sentimiento, el asco, la decadencia, la desesperanza, la incomprensión de y ante la existencia, que tiene ese terrible personaje al cual únicamente pueden interpretar actrices con el talento y la sensibilidad que posee Carmen Montejo.

Nuestro atávico “malinchismo” nos lleva a entusiasrnarnos hasta la locura cuando se nombra a una María Casares, a una Anna Magnani, a una Bette Davis, y no comprendemos, o a veces ni siquiera nos damos cuenta, que cerca de nosotros hay una figura tan grande como las mencionadas y de la que debemos sentirnos orgullosos y luchar por que su nombre trascienda esta “mu-